LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD EN ANDRES BELLO

Luis Barahona J.

Existe en nuestros días un gran afán por celebrar centenarios de nacimientos y de muertes de grandes hombres que obedecen, en buena parte, a una mayor madurez de la conciencia histórica de la humanidad. Sentimos la deuda de lo que en el pasado hicieron los grandes espíritus por mejorar la condición difícil de la especie sobre este planeta y movidos de gratitud celebramos el acontecimiento de su peregrinación por el mundo con actos en los que nos interesamos por conocer mejor sus obras para, de esa manera, poder dignificar su memoria.

El venezolano Andrés Bello cumplió el pasado día quince de octubre el primer centenario de su muerte y con tal motivo en varios países de América y de Europa se han estado realizando actos conmemorativos. Lástima que en nuestra patria ninguna institución gubernamental de cultura haya celebrado dignamente este centenario, siendo Bello uno de los valores más cimeros y auténticos de Iberoamérica.

De mi parte he de decir que desde mi niñez, como ocurre con casi todos los hispanoamericanos que hemos tenido la suerte de ser alfabetizados, empecé a sentir la presencia fresca, lozana y pujante del paisaje americano en aquellos versos de tono eglógico en los que Bello canta las bellezas de nuestro trópico. Posteriormente conocí algo de su obra filológica y literaria en los días en que me ocupaba de escribir un ensayo de interpretación humana del Cid Campeador, sobre todo, sus estudios sobre la épica castellana que tanta influencia habían de tener en el nacimiento y desarrollo de la filología española. A todo esto se debe que hoy vuelva a preocuparme por un tema de vital importancia en torno al centenario y la obra de Bello, en la misma forma en que lo hiciera hace un año al disertar sobre Unamuno, con motivo del centenario del nacimiento del gran vasco-castellano.

Lo primero que debo afirmar en esta oportunidad es que Bello fue un auténtico exponente de lo que podríamos llamar, en términos de una filosofía de la cultura, "homo iberoamericanus", al menos en cuanto sea lícito hablar de un hombre iberoamericano, pues bien sabemos que no existe y quizá nunca existirá con una realidad "sui generis" tal tipo de hombre. Pero desde el punto de vista del espíritu creo que sí podemos ver en Andrés Bello un exponente legítimo de nuestro mundo por cuanto a lo largo de su fecunda vida, de su profunda evolución espiritual, llegó a ser como la voz y la conciencia de nuestros pueblos, el maestro de todo un continente, el artífice de su infraestructura jurídica y, por encima de todo, "el ciudadano de América", como lo ha llamado tan acertadamente Germán Arciniegas.

Efectivamente, conmueve ver cómo este hombre pone todo el caudal de sus conocimientos al servicio de la educación de Bolívar, cual otro Aristóteles formando al hijo de Filipo, con la diferencia de que éste será un conquistador de imperios para su gloria personal y aquél un libertador de pueblos, un forjador de naciones soberanas. Otras veces su afán civilizador lo lleva a fundar un periódico, "Repertorio Americano", para contribuir al mejoramiento de los pueblos con enseñanzas útiles de todo orden. Finalmente termina radicándose en Chile donde reorganiza la universidad y redacta el cuerpo jurídico fundamental de aquella nación que ha sido siempre modelo de civilidad, de cultura y madurez política.

Bello tenía la vivencia de América en su realidad total y bien hubiera podido decir como Unamuno, "me duele América", cada vez que su mirada se detenía a considerar los muchos obstáculos que se interponían en el camino del desarrollo y del progreso de Sudamérica. Soñaba, como luego Bolívar, con una América grande, unida, ilustrada y progresista, para decirlo en el lenguaje de su época, capaz de presentarse en el foro de los pueblos de la tierra como la expresión de un mundo verdaderamente nuevo, lleno de energías proteicas, pero, a la vez, ennoblecido con las luces de la cultura universal y con un más acendrado sentimiento de su dignidad y de sus derechos.

Tal era aquel ciudadano de América, aquel portavoz viviente de Iberoamérica. En él tomó, por primera vez, conciencia de sí nuestro mundo, este mundo unido con los hilos de la esperanza, del anhelo, la angustia, el dolor y el sacrificio, pero también, con la sabiduría y la pasión de hombres ejemplares como Bello. A su augusta memoria rindo el homenaje de mi reconocimiento, en esta hora en que Iberoamérica empieza a dar muestras de querer salir de su marasmo recobrando la conciencia de su origen y de sus altos destinos impulsando una integración de pueblos, de espíritus y de economías que habrán de producir aquella transformación y liberación iniciada por Bello y continuada por Bolívar.

Me interesa ahora destacar algunas ideas de Bello sobre la universidad, tanto porque soy un profesor, como porque considero que a la luz del pensamiento del maestro venezolano podemos alcanzar algunas conclusiones útiles sobre la realidad universitaria iberoamericana y las posibilidades de que la universidad cumpla con su misión histórica en un futuro inmediato.

Bello pensaba que tras la estructura de la realidad se da una infraestructura que es algo así como una red de vasos comunicantes al través de los cuales circulan los principios que vivifican el mundo, tanto los que constituyen y animan el orden material y biológico, como los que producen la vida abismal de la conciencia, los hechos de la vida política y moral, hasta llegar a los misterios de la creación intelectual y artística. Por ello creía que "los adelantamientos en todas líneas, se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan".

Con insistencia machacona repetía que "todas las verdades se tocan" y trataba de hacer valer este principio de integración total de la realidad no sólo en el cosmos físico, natural y humano, sino también en el meta-cosmos religioso. "Yo creo que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza". Porque en el fondo, allá en lo más íntimo "todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una".

Así expone Bello la doctrina en que fundamenta su concepción de lo que debe ser la universidad, una universidad integradora del hombre, en primer lugar, consigo mismo, e integradora también del hombre con su mundo natural, social, político y económico. La universidad ha de poder ser el instrumento de este proceso de integración. Los vasos comunicantes, cuyo funcionamiento ha de evidenciar el saber, la ciencia y la inspiración por medio del esfuerzo combinado y sabiamente dirigido desde la universidad, se encargarán de irrigar las zonas vitales, no sólo en virtud de los procesos naturales e inconscientes, sino con la ayuda e intervención deliberada e inteligente del hombre a fin de mejorar y corregir, si cabe, lo que la naturaleza realiza, para lograr el más alto grado posible de aprovechamiento y la mejora de la especie humana. "La universidad de Chile, afirma Bello, ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador".

Por lo visto podemos ya ver cómo en los albores de la vida republicana hay alguien en América que desde el primer momento se hace cargo formalmente de impulsar la organización y la vida de la universidad con miras a una cabal comprensión de la realidad y de la función rectora que corresponde a tan benemérita institución.

Andrés Bello es el primero que ha puesto las bases para crear lo que hoy podríamos denominar una "universidad para el desarrollo".

Sigamos sus ideas principales sobre la función universitaria y tratemos de proyectarlas en el tiempo y en el espacio; de este modo se nos hará claro tanto la calidad de su mensaje como la urgencia de actualizarlo, si no en todos al menos en algunos de sus aspectos fundamentales. Pero antes veamos el punto de partida de Bello, la realidad de nuestro mundo, porque como él mismo observa, la realidad iberoamericana es muy distinta de la realidad europea.

En efecto, nos encontramos con que aquí no contamos con universidades de vida multisecular, como en el viejo continente, ni con una cultura difusa proveniente de focos diversos situados en la comunidad social que contribuyan, con su acción tonificante a mejorar la cultura general del pueblo. La universidad colonial tan sólo ejerció su influjo en las clases aristocráticas, dejando a los sectores mayoritarios poco menos que en la intemperie cultural. Por eso piensa Bello que la universidad debe convertirse en foco que irradie su luz por medio de los maestros y profesores instruidos y competentes que ella debe formar. Pero advierte que antes es necesario constituir grandes acervos científicos y literarios: buenos libros, buenos métodos, buena dirección de la enseñanza. Todo esto sólo lo puede lograr la universidad.

Hoy nos encontramos con muy parecidos problemas. Seguimos necesitando muchos y buenos maestros; en 1960 se calculaba que en Iberoamérica hacían falta 700 mil maestros primarios; necesitamos buenos libros, tanto obras de texto como toda clase de obras que deban figurar en una buena biblioteca escolar formada cuidadosamente para integrar al niño o adolescente con su patria, con la realidad iberoamericana y con el mundo en general; necesitamos también buenos métodos y buena dirección de la enseñanza. Y todo esto sólo se puede lograr con el concurso poderoso de la acción universitaria.

En nuestro país, a causa de los grandes errores cometidos en el pasado, hemos procedido a la inversa de lo que aconsejaba Bello para Chile. Primero fundamos la enseñanza primaria, sin tener apenas maestros; luego se organizaron los liceos y la primera escuela normal y con este fin reclutamos los mejores maestros para dotar de personal docente a los liceos y las escuelas normales; finalmente, se fundó la actual universidad utilizando muchos de los mejores profesores de la enseñanza media. Se comprende fácilmente que con tal política no hemos hecho más que debilitar las instituciones educativas básicas sin que a la postre haya sido posible a nuestra universidad cumplir con la función que señalaba Bello, a saber, formar grandes depósitos científicos y literarios mediante el estudio, la investigación y la crítica de la realidad nacional.

Ahora que si echamos una mirada al estado general de la educación en Iberoamérica nos parecerá que todavía no hemos empezado siquiera a dar los primeros pasos para resolver tan grave mal, pues resulta que hay regiones en donde el setenta por ciento y hasta el ochenta por ciento de la población adulta es analfabeta. Existen en una población de ochenta millones, cuarenta y siete millones de personas analfabetas y treinta y dos millones de indígenas que no hablan castellano.

Claro está que hay factores ajenos por completo al control de una buena política universitaria, como el aumento de la población, la complicación dialectal en algunos países y la falta de medios económicos, pero quedan los factores ya indicados que sí pueden y deber ser objeto de resolución por parte de quienes dirigen la política universitaria en Iberoamérica.

Siguiendo el orden en que presenta Bello la reforma de la universidad chilena se nos ofrece ahora a consideración el influjo de las leyes y de las ciencias políticas: "el perfeccionamiento, dice, de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico".

El perfeccionamiento de las leyes es, desde luego, uno de los objetivos que debe perseguir la universidad, pues gran parte de nuestros males obedecen a la imperfección de las mismas, a los lentos procesos judiciales y a la maraña inextricable de disposiciones que chocan entre sí e impiden el libre desarrollo de la justicia. Pero al lado de esto considero de mayor importancia todavía la formación de una conciencia jurídica nacional. En nuestros países no existe todavía la vivencia del derecho ni la de la autoridad. Se cometen crímenes horrendos, se roba y asesina y con frecuencia vemos que no existe castigo para los malvados porque las leyes son ineficaces por falta de una mayor vigencia del derecho en la sociedad y en las personas encargadas de hacerlas cumplir. La gente lo sabe y no espera ver siempre a los culpables purgando sus delitos, pues el dinero suele torcer el curso recto de la justicia.

No cabe duda de que este es un campo muy amplio en donde la universidad puede y debe trabajar por todos los medios a su alcance a fin de mejorar nuestros sistemas jurídicos y sensibilizar a los ciudadanos en orden a una mejor comprensión y estima de estos valores.

Lo mismo cabe decir sobre el desarrollo de nuestros procesos políticos. En nuestro país no disponemos de una facultad de ciencias políticas, pero la facultad de derecho ha alimentado siempre el débil caudal de nuestras corrientes políticas. En sus aulas se han formado los líderes de la vieja corriente liberal y neo-liberal y algunos de los líderes marxistas. En nuestros días parece estancado el movimiento de las ideas políticas o agotadas las posibilidades de generar núcleos de opinión que se enfrenten con eficacia y capacidad a los problemas políticos que nos plantea el mundo actual y la realidad nacional, en función del conglomerado de los pueblos iberoamericanos y del tercer mundo, al cual pertenecemos por razón de nuestro subdesarrollo.

No es aceptable, desde ningún punto de vista, que se produzca esta estagnación ideológica en el seno de una de las facultades más viejas y de más solera política. La universidad debe darse cuenta de que hoy en día en todas las universidades de Iberoamérica hay un verdadero despertar, por lo menos a partir del célebre movimiento estudiantil de Córdoba en 1918.

Nosotros necesitamos mejorar en mucho nuestros procesos políticos, dotándolos de elementos humanos, egresados de la universidad, que comprendan la hora histórica que estamos viviendo, pues a la mayor parte de nuestros líderes políticos se les ha parado el reloj en los años veinte de nuestro siglo, si no antes. Un cambio político supone la existencia de varias generaciones de líderes debidamente formados, portadores de un bagaje de ideas respetables y eficaces, porque mientras en la política domine el empirismo y la improvisación, no hay nada qué esperar.

"La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución . . . Porque en este como en los otros ramos, el programa de la universidad es enteramente chileno . Si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miebros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria".

El problema económico es en nuestros días el rompecabezas que trae insomnes a los grandes economistas y, sobre todo, a los que viven en las zonas que más padecen de subdesarrollo en el mundo.

El panorama que nos presentan nuestros países es terrible. Carencia de alimentos, con un régimen de subalimentación a veces extremo, pues la dieta oscila entre 2000 calorías, con sólo 10 ó 20 g. de proteínas como en el Perú y 2000 a 2500 calorías, con 10, 20 ó 30 g. de proteínas, como en Méjico, Chile, Venezuela, Colombia y Brasil.

Deficiencias en la agricultura, en zonas en donde, como ocurre en la América Central, el 62% de la población se emplea en la agricultura y el 55% en la América

del Sur. Estas deficiencias se deben a la persistencia de propiedades de tipo feudal o de latifundios de origen más reciente; rendimientos sumamente bajos por falta de material o defectos de los métodos de cultivo; aumento explosivo de la población, y, finalmente, posibilidades financieras reducidas de los consumidores.

Industrialización incipiente, siendo en Iberoamérica, en proporción con la población obrera, de sólo el 17%, contra un 37% en América del Norte y el 42% en Europa occidental. Nuestra industria queda limitada a la industria liviana, pues es insignificante nuestra industria pesada, tan indispensable para el desarrollo industrial.

Tal situación de subdesarrollo produce, como se sabe, una situación de subordinación económica permanente de todos nuestros países con respecto a los países ricos, con los agravantes que ello supone en el campo político y social. Nos mantiene atados a un tipo de política, predeterminada desde fuera, que no favorece los intereses nacionales, al convertirse en mero instrumento de los poderosos que tan sólo tratan de garantizar sus intereses por todos los medios posibles. A la vez, tal tipo de explotación capitalista hace que las estructuras sociales permanezcan atrofiadas o retrasadas al determinar relaciones sociales de tipo semi-feudal o de subordinación personal, dándose una división de clases sociales donde se acentúa la distancia entre la clase económicamente fuerte y la clase o subclase de los extremadamente pobres. La existencia de estructuras sociales de este tipo es lo que favorece el profundo malestar social y la existencia de minorías muy poderosas que detentan el poder en forma oligárquica o dictatorial, tornando prácticamente imposible el libre juego del régimen democrático.

Otros males de índole económica o que tienen sus orígenes, al menos en gran parte, en factores económicos, son el escaso desarrollo de la clase media, lo que priva a la sociedad de un factor de progreso y de equilibrio, el bajo nivel de la educación, ya contemplado, la natalidad elevada y un deficiente régimen sanitario que contribuye enormemente a la disminución de horas de trabajo, y, por ello, al poco rendimiento general del trabajo tanto en la agricultura como en la industria.

Tantos y tan complejos problemas de carácter económico y social deben ser objeto de análisis profundos y exhaustivos a la luz de todas las doctrinas y sistemas económicos, siguiendo su proceso genético e histórico, en función del cuadro general de la economía mundial. La universidad es la llamada a orientar las mentes y los organismos del estado y de la sociedad para provocar un cambio fundamental de la situación difícil por que atraviesan nuestros países. Y, tratándose de la universidad de Costa Rica, pienso que su actitud debe ser altamente patriótica en sus esfuerzos por prodigar todas sus luces y sus mejores energías para la constitución de una nación política y económicamente independiente y solidariamente justa, a fin de que, no sólo haya abundancia, sino también capacidad adquisitiva de todos los ciudadanos, que les permita obtener los bienes básicos para vivir una vida decente, conforme con la dignidad humana.

* * *

Podría decirse que la persona de Bello y su concepto de la universidad constituyen un todo inseparable. Bello encarna lo mejor de los ideales del humanismo. En su persona y en su obra pueden verse, maravillosamente conjugados, y armonizados, los saberes y el cultivo de las letras y de la creación poética, coronándolo todo una experiencia religiosa que con la madurez de la vida llega a convertirse en vivencia profunda y auténtica.

Por eso es que en la persona y en el pensamiento de Bello nos encontramos con uno de los frutos mejor logrados del humanismo occidental, con uno de los primeros logros ciertos del trasplante de la cultura cristiana a las tierras del nuevo mundo y con la expresión del alma hispanoamericana que empieza a descubrirse a sí misma, tan pronto como se libera del yugo colonial.

Ricardo Rojas nos dice en su Eurindia que la musa de la armonía es la que preside el coro de las voces americanas, siendo esta nota de armonía el carácter que mejor define nuestra idiosincrasia espiritual. Creo que perfectamente podemos decir que Bello encarna, como el que más, este hermoso ideal de armonía espiritual con aquel su intelecto reciamente constituido por las disciplinas científicas y los ideales metódicos de los siglos XVII y XVIII, así como por las disciplinas humanísticas asimiladas a lo largo de sus prolongadas lecturas de los clásicos griegos y latinos en sus propias lenguas, y, finalmente, con su apasionado investigar del idioma y de la literatura castellana.

Certeramente dice que una de las funciones principales de la universidad está en elevar el entendimiento a "los puntos culminantes de la ciencia", a la apreciación de sus fórmulas generales, superando las "manifestaciones de un empirismo ciego". El estudio desinteresado del universo físico y moral tiene, además de su función rectora de los saberes particulares, un incentivo de carácter superior, pues dignifica y eleva el espíritu. "El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios, y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días". Cualquiera reconocería aquí las resonancias de Platón, los ecos de Cicerón y de Virgilio, eternos enamorados del orden del mundo y del conocimiento de las causas de todas las cosas.

Al puro saber científico, a la contemplación racional desinteresada del mundo, agrega Bello otras disciplinas, como la ética, la lógica, la lingüística general, la filosofía clásica, medieval y moderna, la historia del arte, etc., que "iniciando al mismo tiempo el alma en estudios serenos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forman la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre".

He aquí todo un programa y una filosofía de la universidad. Hoy se ha montado todo un aparato filosófico en torno a los problemas que suscita la misión de la universidad en consonancia con los problemas angustiosos del hombre actual. Se piensa en una universidad que supere la barbarie del especialismo y de la técnica, se propugna una reforma que ayude al estudiante a encontrar su ser de hombre, a dignificar su vida a la luz de una filosofía personalista y creadora y la verdad es que todo esto fue dicho y pensado muy ajustadamente por el autor de la reforma espiritual de la universidad chilena. Lástima que hoy el tiempo se nos vaya en leer el último libro y en seguir el último grito de la moda; ello nos impide percatarnos de que ya entre nosotros hubo antes quienes trataron estos problemas, al menos con la misma solvencia y despejo con que hoy los han visto los espíritus más alertados del siglo veinte.

Ahora que empieza a tomarse en serio la idea de la integración iberoamericana convendría sentarse a la sombra de aquel ceibo que tanto veneran los caraqueños para meditar largamente en la docencia ya secular de Bello, en su pensamiento transido de amor por América, en su vida ejemplar, gastada toda ella en la obra de fecundar los espíritus mostrándoles el camino del saber, de la cultura y del progreso; en sus esfuerzos por mantener, al menos en el plano del derecho internacional, la unidad y la fraternidad de nuestros pueblos.

Es aquí donde creo que la universidad, o para usar un lenguaje menos ideal, más realista, las universidades existentes en Iberoamérica, deben estructurar planes de acción conjuntos con miras a procurar el intercambio de estudiantes y de profesores. En la actualidad casi no existe otro intercambio que el favorecido por la política panamericanista de nuestros amigos del norte; esto está bien, pero situándolo dentro de un concepto más integrador. Tal como se practica, tan sólo contribuye a mantener y reforzar relaciones bilaterales no siempre beneficiosas.

Necesitamos empezar por integrarnos espiritual y culturalmente los países iberoamericanos; sólo de este modo nos percataremos de nuestra realidad, de nuestros comunes problemas y de sus posibles soluciones. Cuando esto se logre el intercambio con todos los países de la tierra podrá tener también un sentido constructivo, en cuanto pueda servirnos para alcanzar nuestro desarrollo integral. Una toma de conciencia de estos hechos es imprescindible en todos los sectores de nuestra vida universitaria, si es que de verdad se desea contribuir al bienestar de nuestros pueblos y al mejoramiento de la situación general de Iberoamérica.

La palabra clave para todo esto es INTEGRACION. Sí, integración, primero, en el plano de la inteligencia, integración del hombre en sus diversos estratos personales, integración, después, de las naciones por medio del desarrollo de todas las posibilidades de nuestros pueblos. Valga el centenario que hoy conmemoramos de punto de arranque, de apertura al tema apenas insinuado de una mayor penetración de la universidad en la realidad social y en la vida nacional e internacional.

El nombre de Bello es cifra y compendio de las mejores inquietudes del continente, como lo dice el prólogo de sus obras editadas en París, tan acertadamente citadas en la edición de Caracas. "Las ideas de Bello", se dice allí, "sus grandes talentos y cuanto puede dar de sí no se quedarán reducidos al país que tiene la fortuna de poseerlo, sino que recorrerán sus producciones toda la América del Sur para ilustrarla con luces propias, y para servir de estímulo a todos los americanos ilustrados de México a Buenos Aires, para que multiplicado su saber, poniéndolo en común, civilicen así la masa de los pueblos de aquel continente".

Hemos de pensar un poco más en el bien común no sólo de cada uno de nuestros pueblos, sino el bien común de todos los países que componen la gran patria iberoamericana. El ejemplo de Bello, poniendo sus luces, sus energías y voluntad al servicio de todos los pueblos de este continente, debe constituir para nosotros el paradigma de la más alta docencia universitaria en cuanto ésta debe proponerse, en lo que esté de su parte, mejorar la existencia de todos nuestros pueblos. Si en vez de contribuir a tan noble empresa optamos por vegetar a la sombra de los claustros persiguiendo únicamente un concepto vago de cultura meramente burguesa, llegará un día en que los pueblos hundidos en el desaliento y la desesperación, apaguen violentamente los últimos rescoldos de la sabiduría, destruyendo así el hogar y el santuario de la verdadera libertad y del verdadero progreso.

Sirvan estas palabras admonitorias de estímulo para que llevemos adelante la gran obra que esperan de nosotros las futuras generaciones, las cuales tienen pleno derecho de heredar una América independiente, rica, justa y capaz de perpetuar la memoria de sus hijos esclarecidos no sólo con palabras sino, ante todo, con logros dignos de su ancestro espiritual.

La memoria de Bello ha de actuar en nosotros en forma permanente recordándonos que su vida y su obra no son otra cosa que una gigantesca empresa, jamás antes intentada por nadie, de incorporar todo un mundo a la cultura universal, a la libertad y al disfrute de la civilización. Bello es piedra angular del edificio que los hispanoamericanos tratamos de levantar desde hace más de un siglo y que todavía no ha podido ser concluido, el edificio de nuestra cultura. No podemos rechazar o desconocer su gran valor; al contrario, necesitamos ahondar más el surco, pulir los sillares, aquilatar la pluma, robustecer la inteligencia. En una palabra, mejorar y continuar la obra de Bello en todas direcciones; sólo así podremos salir de nuestro subdesarrollo, de nuestra miseria y de nuestra anarquía.

No quisiera terminar mi intervención de esta noche sin lanzar una idea que me parece puede ser acogida por todos los organismos culturales de América como justa y oportuna, y es la de que, por contribución de todos los gobiernos, SE CONTINUE PUBLICANDO EN FORMA ININTERRUMPIDA EL "REPERTORIO AMERICANO" COMO ORGANO OFICIAL DE LA INTEGRACION IBEROAMERI-

CANA. De este modo también los costarricenses lograríamos ver unido el nombre de Bello al de don Joaquín García Monge, espíritu altamente americanista que vivió como pocos los ideales bellistas.

Quede aquí mi sugerencia, y si vale, que alguien con autoridad la recoja y le dé vida; quizá sea ésta la mejor ofrenda que hoy podamos colocar en la tumba del maestro de las letras venezolanas y del padre espiritual de las jóvenes naciones hispanoamericanas.